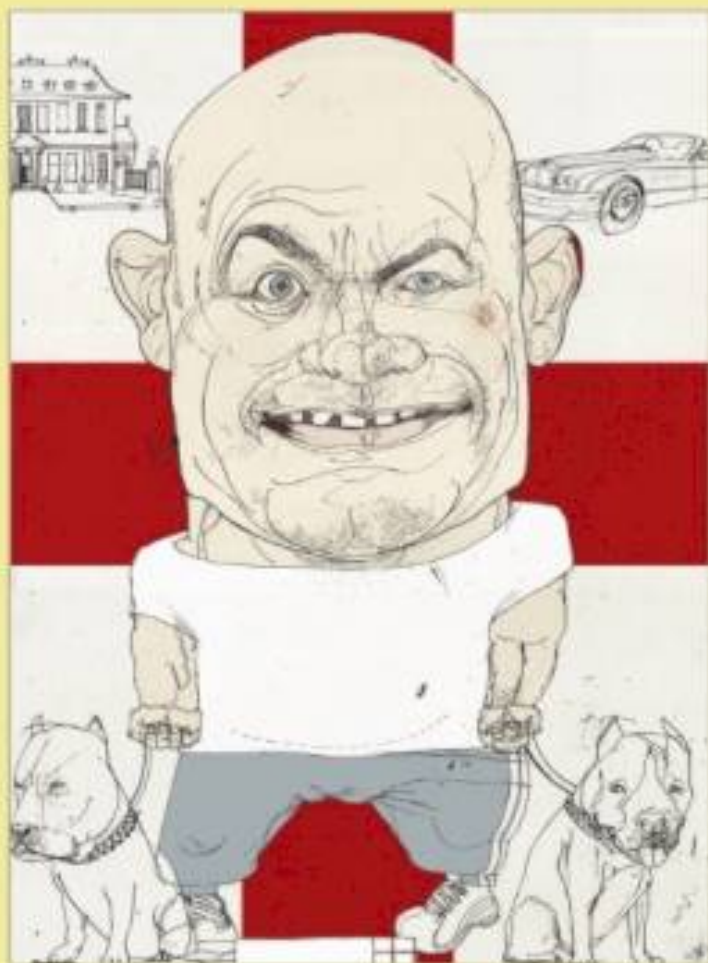


MARTIN AMIS

---

*Lionel Asbo*  
*El estado de Inglaterra*



Desmond Pepperdine es un adolescente que vive en un sórdido suburbio londinense al cuidado de su abuela; su madre ha muerto y nadie sabe a ciencia cierta quién es su padre. En la misma casa vive también su tío, Lionel Asbo, un delincuente de poca monta que ejerce de mentor e imparte a Desmond valiosas lecciones: desde instruirlo en las delicias del porno por Internet a explicarle cómo alimentar a sus dos pitbulls con una dieta a base de Tabasco.

Pero Desmond es un adolescente sensible, amante de la lectura, que aspira a enamorarse de una mujer cariñosa y real en lugar de fantasear con tías buenas en webs porno. El chico está decidido a dejar atrás esa barriada inmunda por medio de la educación, mientras que las aspiraciones de Lionel se limitan a pasar su vida entre trabajillos de matón y trapicheos con objetos robados, y periódicas estancias en la cárcel como consecuencia de estas actividades.

Durante una de sus estancias entre rejas, Lionel le pide a su sobrino que le rellene un boleto de la loto. El azar lanza sus dados y de la noche a la mañana el convicto se convierte en millonario. Esto, que podría resultar una noticia estupenda para la desestructurada familia, quizá no lo sea. Un lumpen convertido en repentino millonario es carnaza para los tabloides y un amante de los pitbulls no parece una persona con el equilibrio necesario para afrontar un cambio tan radical de vida. Y al final esa máxima que dice que el dinero no da la felicidad resulta ser brutalmente cierta.

Visceral, salvaje, provocadora, esta sátira sobre el desmoronamiento de la vieja Inglaterra en manos de hooligans y de tabloides tiene un fondo de crónica social al modo dickensiano, pero también conecta con el humor británico más transgresor, ese que provoca la carcajada arreando una bofetada en plena cara. El resultado es una mirada certera so-

bre realidades incómodas, una novela incisiva y descacharrante.

## NOTA DEL TRADUCTOR

Lionel Asbo es un iletrado entusiasta (no en vano se declara «enconadamente contrario a la enseñanza superior»). Pronuncia mal las palabras y habla un inglés deplorable. De ahí que el texto original esté trufado tanto de incorrecciones de todo tipo (malas pronunciaciones, cacofonías, incoherencias, confusiones léxicas, solecismos...) como de tropos (dobles sentidos, homofonías, retruécanos, aliteraciones...). En algunos casos el autor hace referencia explícita a ellos, y el traductor, como es lógico, los traslada lo más fielmente posible al castellano. En muchos otros, sin embargo, los dislates tanto fonéticos como ortográficos, morfosintácticos y semánticos no sólo son irrelevantes para el lector no inglés sino que se resisten a una traducción medianamente sensata, por lo que el traductor los ha obviado.

JESÚS ZULAIKA

*A Christopher Hitchens*

## Primera parte

¿Quién dejó entrar a los perros?  
... Ésta, nos tememos, va a ser la cuestión.  
¿Quién dejó entrar a los perros?

¿Quién dejó entrar a los perros?  
¿Quién?  
¿Quién?

## 2006: DESMOND PEPPERDINE, CHICO DEL RENACIMIENTO

### 1

*Querida Jennaveieve:*

*Estoy teniendo una aventura con una mujer mayor. Es una dama de cierta sofisticación, lo cual supone un cambio con respecto a las quinceañeras que conozco (Alekra, por ejemplo, o Chanel.) El sexo es fantástico y creo que estoy enamorado. Pero hay una complicación grave y es la siguiente; ¡es mi abuela!*

Desmond Pepperdine (Desmond, Des, Desi), autor de esta misiva, tenía quince años y medio. Y su letra, actualmente, era tímidamente elegante; las letras se le inclinaban hacia atrás, pero él, con paciencia, las fue enderezando hacia delante, y cuando todo alcanzó una suave armonía empezó a añadirle pequeñas florituras (la e, claramente ornada, era como una w acostada hacia un lado). Al utilizar el ordenador que ahora compartía con su tío, Des se había dado a sí mismo un curso de caligrafía, entre otros varios.

*En el lado positivo, la diferencia de edad es sorprendentemente*

*Tachó esto último, y siguió escribiendo:*

*Todo empezó hace quince días, cuando mi abuela llamó a la puerta y dijo cariño, tengo otra vez problemas con la fontanería. Y yo le dije ¿abuela? Iré ahora mismo. Vive en un pequeño apartamento en los bajos de una casa que está a un kilómetro y medio de la mía, y siempre tiene proble-*

*mas con las tuberías. Yo no soy fontanero, pero aprendí un poco con el tío George, que se dedica a eso. Le arreglé la avería, y me dijo por qué no te quedas a tomar unas copitas.*

Caligrafía (y sociología, y antropología, y psicología), pero aún no había llegado a la puntuación. Manejaba bien la ortografía, pero sabía bien lo flojo que estaba en puntuación porque acababa de empezar un curso sobre la materia. Y la puntuación, intuía (bastante acertadamente), era casi un arte.

*Así que nos tomamos unos Dubonnet, algo que yo no estoy acostumbrado a beber, y ella no paraba de echarme esas miradas raras. Siempre tenía puestos a los Beatles y ahora estaban sonando todas las canciones lentas, como Golden Slumbers, Yesterday y She's Leaving Home. Y entonces mi abuela dijo qué calor y me voy a poner el camión. ¡Y volvió con un picardías!*

Intentaba darse a sí mismo una educación —no en Squeers Free, del que hacía poco había leído en la *Diston Gazette* que era el peor colegio de Inglaterra—. Pero su comprensión del planeta y del universo tenía lagunas inconcebibles. Una y otra vez se asombraba de la ingente cantidad de cosas que no sabía.

*Así que tomamos unas copitas más, y yo empezaba a darme cuenta de lo bien que se conservaba mi abuela. Se cuida mucho, y está francamente en forma si tenemos en cuenta la vida que ha llevado. Así que al cabo de unas copitas más me preguntó ¿no te estás asando con este blazer? ¡Ven aquí, guapo, y dame un abrazo! ¿Qué podía hacer yo? Me puso la mano en el muslo y la fue subiendo pantalones arriba. Bueno, soy humano, ¿no? En el equipo de música sonaba I Should've Known Better, pero entre una cosa y la otra... ¡fue alucinante!*

Por ejemplo, el único periódico nacional que Des había leído en su vida era el *Morning Lark*. Y Jennaveieve, la persona a quien escribía, era la «tía del sufrimiento» de ese pe-



riódico, o, mejor, la «tía del éxtasis».<sup>[1]</sup> En la página que dirigía le relataban amoríos acaso totalmente imaginarios, y sus respuestas eran juegos de palabras lascivas precedidas y rematadas por sendos signos de admiración. La aventura de Desmond no era imaginaria.

*Ahora bien, créame que todo esto no es nada «propio de nosotros». ¡No tendría que haber sucedido nunca! Muy bien, vivimos en Diston, y allí ese tipo de cosas no estarían demasiado mal vistas. Y, muy bien, mi abuela tuvo una juventud traviesa. Pero es una mujer respetable. El caso es que mi abuela va a celebrar un cumpleaños muy importante y supongo que eso ha hecho que se le vaya un poco la cabeza. Y en lo que a mí respecta, mi educación es estrictamente cristiana al menos por parte de padre (es pentecostalista). Y verá, Jennaveieve, he sido muy infeliz desde que mi madre, Cilla, murió hace tres años. No encuentro palabras. Necesitaba ternura. Y cuando mi abuela me tocó de esa forma. Bueno.*

Des no tenía intención de enviar realmente esta carta a Jennaveieve (cuyo cuerpo parcialmente desnudo adornaba la página en cuyo encabezamiento, en lugar de «tía del sufrimiento», se leía «ángel del sufrimiento»). La escribía sencillamente para aplacar sus pensamientos. Imaginaba su respuesta fiable y en absoluto juzgadora. Algo como: ¡Al menos estás disfrutando de los viejos tiempos de tu abuela! Des siguió escribiendo.

*Aparte de la cuestión de si es ilegal o no que me está poniendo enfermo, hay otro problema grandísimo. Su hijo, Lionel, es mi tío, y cuando no está en la cárcel es como un padre para mí. Tenga en cuenta que es un criminal terriblemente violento y si descubre que me estoy acostando con su madre me mata. Joder. ¡Literalmente!*

Podría argumentarse que ello suponía subestimar gravemente las ideas de Lionel sobre la transgresión y la venganza... El objetivo inmediato, para Des, era dominar el após-

trofo. Y después de eso, los arcanos de los dos puntos y el punto y coma, el guión, la raya, la barra oblicua.

*En el lado positivo, la diferencia de edad no es tan grande. Tenga en cuenta que mi abuela Grace empezó muy pronto, y se quedó embarazada cuando tenía doce años, lo mismo que mi m*

Oyó los sordos ruidos metálicos de los cerrojos, se miró con horror el reloj, trató de ponerse de pie sobre sus piernas entumecidas, y de pronto Lionel estaba allí.

## 2

Lionel estaba allí: una forma enorme y blanca, apoyada en la puerta abierta, con la frente pegada a la muñeca levantada, jadeando ásperamente, despidiendo un tenue vapor gris a través de la camiseta morada (el ascensor se estaba portando mal, y el apartamento estaba en el piso treinta y tres, pero Lionel podía despedir vapor mientras dormitaba en la cama en una tarde tranquila). Bajo su otro brazo llevaba un cargamento de *lager*. Dos docenas, dentro de una envoltura de plástico. Marca: Cobra.

—Has vuelto pronto, tío Li.

Lionel levantó una mano callosa. Ambos aguardaron.

En su apariencia externa Lionel era brutalmente genérico: el cuerpo tipo losa, el bulto lleno de la cara, la coronilla bien rapada y con el vello incipiente leonado. Fuera, en aquella gran ciudad del mundo, había centenares de miles de hombres jóvenes que se parecían mucho a Lionel Asbo. A cierta luz y en ciertos entornos, se parecía, según algunos, al portentoso delantero del Manchester United y de la selección de Inglaterra Wayne Rooney: no excepcionalmente alto y no obeso, pero excepcionalmente ancho y excepcionalmente *profundo* (Des veía a su tío todos los días, y todos los días le parecía una talla más grande de lo espera-

do). Incluso tenía los dientes separados, como Rooney. Bien, los incisivos superiores los tenía muy separados, pero Lionel raras veces sonreía. Sólo se los veías cuando se le dibujaba la sonrisa burlona.

—¿Qué estás haciendo con ese boli? ¿Qué estás escribiendo? Me lo imagino.

Des pensó con rapidez.

—Oh, cosas de poesía, tío Li.

—¿Poesía? —dijo Lionel, reculando.

—Sí. Un poema titulado «La reina de las hadas».

—¿La qué? A veces pienso que no tienes remedio, Des. ¿Por qué no estás rompiendo cristales de ventanas? Eso no es sano. Oh, sí, escucha lo que te digo. ¿Sabes el tipo ese al que le partí la cabeza el viernes en el pub? ¿El tal señor Ross Knowles? Me ha denunciado. Se ha chivado. ¿Te lo puedes creer?

Desmond sabía muy bien lo que podía sentir Lionel en relación con tal asunto. El año pasado Lionel llegó una noche a casa y encontró a Des repantigado inocentemente en el sofá negro de polipiel viendo *Crimewatch*. El resultado fue una de las zurras más largas y ruidosas que recibió en su vida de manos de su tío. *Piden al público*, dijo Lionel, de pie y en jarras delante de la pantalla gigante del televisor, *que fisgue a sus vecinos*. *Crimewatch... es como... como un programa para pedófilos, eso es lo que es. Me da asco*. Esta vez Des dijo:

—¿Te ha puesto una denuncia? Jo... Eso es... de lo bajo lo más bajo. Eso es lo que es. ¿Qué vas a hacer, tío Li?

—Bueno, he estado preguntando por ahí y resulta que el tipo es un solitario. Vive en un cuarto alquilado. Así que no hay nadie al que yo pueda ir a aterrorizar. Excepto a él.

—Pero sigue en el hospital.

—¿Y? Voy a llevarle un racimo de uvas. ¿Has dado de comer a los perros?

—Sí. Pero no queda Tabasco.

Los perros, Joe y Jeff, eran los dos pitbulls psicópatas de Lionel. Su dominio era el balcón estrecho de la cocina, donde los dos animales gruñían, iban de un lado para otro y giraban en redondo, mientras llevaban adelante su guerra de ladridos con el montón de rottweilers de la azotea del edificio de pisos contiguo al de ellos.

—No me mientas, Desmond —dijo Lionel con voz quieta—. No me mientas nunca.

—¡No te miento!

—Me has dicho que les habías dado de comer. ¡Y no les has dado Tabasco!

—¡Tío Li, no me llegaba el dinero! ¡Sólo tenían las botellitas grandes, y cuestan cinco noventa y cinco!

—Ésa no es excusa. Tendrías que haber birlado una. Te gastas treinta libras, *treinta libras*, en un puto diccionario, y no puedes gastarte un par de chelines en los perros.

—¡Nunca me he gastado treinta libras! Me lo dio la abuela. Lo ganó con un crucigrama. El crucigrama con premio.

—Joe y Jeff... no son *mascotas*, Desmond Pepperdine. Son herramientas de mi negocio.

El negocio de Lionel seguía siendo un misterio para Des. Sabía que en parte tenía que ver con el extremo más espeluznante del cobro de deudas; y en parte con una actividad relacionada con la «reventa» (Lionel la llamaba literalmente «reseteo»). Des sabía esto por simple lógica, porque la Extorsión con Amenazas era el delito por el que más lo enviaban a la cárcel... Allí estaba Lionel, haciendo algo en lo que era francamente bueno: expandir tensión. Des lo quería profunda y más o menos incuestionablemente (*No estaría aquí hoy si no fuera por el tío Li*, se decía a sí mismo a menudo). Pero siempre se sentía ligeramente enfermo en su presencia. No incómodo. Enfermo.

—Has vuelto pronto, tío Li —repitió tan despreocupadamente como pudo—. ¿Dónde has estado?

—Con Cynthia. No sé por qué me molesto. Fiuuu..., el estado en que está la tal Cynthia.

La rubia espectacular llamada Cynthia, o *Cymfia*, como lo pronunciaba él, era lo más cercano a una novia de la niñez que había tenido Lionel, y ello porque había empezado a acostarse con ella cuando Cynthia tenía diez años (él tenía nueve). Y era asimismo lo más cercano a una novia normal que había tenido en su vida, y ello porque la veía regularmente: una vez cada cuatro o cinco meses. De las mujeres en general, Lionel a veces decía: *Dan más problemas de lo que valen, si queréis saber mi opinión. ¿Mujeres? A mí no me preocupan las mujeres.* Des pensó que probablemente era lo mejor: las mujeres, en general, deberían sentirse muy contentas de que Lionel no se preocupase por ellas. Había una mujer que sí le preocupaba, pero esa mujer le preocupaba a todo el mundo. Era una beldad promiscua llamada Gina Drago...

—Des. Esa Cynthia —dijo Lionel con un hartazgo de lascivia—. Dios. Hasta... eh... durante... eh..., ya sabes, durante el..., pensaba, Lionel, estás perdiendo tu juventud. Lionel, vete a casa, tío. Vete a casa y ponte a ver cualquier porno decente.

Des levantó el Mac y se puso cautamente de pie.

—Ya está. Me voy.

—¿Sí? ¿Adónde? A ver a esa tal Alektra.

—No. He quedado con mis amigos.

—Muy bien, pues haced algo útil. Robar un coche. Eh, ¿sabes qué? A tu tío Ringo le ha tocado la lotería.

—Nunca le había tocado nada. ¿Cuánto?

—Doce libras y media. Es una pérdida de tiempo, la lotería, si quieres saber lo que pienso. Oye. Tenía ganas de preguntarte una cosa. Cuando andas por ahí por la noche...

Des estaba allí de pie, con el Mac encima de las dos manos, como un camarero con una bandeja. Lionel estaba

allí de pie con las Cobra en las dos manos, como un carretero acarreando la carga.

—Cuando andas por ahí por la noche, ¿llevas una navaja?

—¡Tío Li! Ya me conoces.

—Bueno, pues deberías llevarla. Por tu propia seguridad. Y tu paz mental. Vas a conseguir que te desplumen. O algo peor. Ya no hay peleas a puñetazos; en Diston, al menos. Sólo peleas a navajazos. A muerte. O con pistolas. Bien —se ablandó—, supongo que no pueden verte en la puta oscuridad.

Des sonrió con sus dientes blancos y limpios.

—Cuando te vayas, llévate un cuchillo del cajón. Uno de los negros.

Des no se reunió con sus amigos. (No tenía amigos. Y no quería tenerlos.) Se fue a casa de su abuela.

Como sabemos, Desmond Pepperdine tenía quince años. Grace Pepperdine, que había llevado una vida muy difícil y engendrado muchos, muchos hijos, era una mujer de treinta y nueve años bastante presentable. Lionel Asbo era un joven de veintiún años muy curtido por la vida.

En la polvorienta Diston (conocida también como Diston Town o, más sencillamente, Town), nada —ni nadie— tenía más de sesenta años. En un gráfico internacional de expectativas de vida, Diston aparecería entre Benín y Yibuti (cincuenta y cuatro años para los hombres y cincuenta y siete para las mujeres). Y eso no era todo. En un gráfico internacional de tasas de fertilidad, Diston aparecería entre Malawi y Yemen (seis hijos por pareja, o por madre soltera). Así, la estructura de edad en Diston tenía una forma extraña. Pero, aun así, Town no iba a decaer en absoluto.

Des tenía quince años. Lionel veintiuno. Grace treinta y nueve...

Se agachó para abrir el pestillo de la cancela, bajó de un brinco los siete escalones de piedra, llamó con la alda. Se quedó a la escucha. Fue acercándose el sonido de sus mullidas zapatillas; se arrastraban por el piso mientras al fondo (como de costumbre) se oía la pureza melódica de una canción de los Beatles. Su preferida de siempre: «When I'm Sixty-Four».

## 3

El amanecer hervía a fuego lento sobre el increíble edificio, la inmensidad apilada de Avalon Tower.

En el balcón acortinado (del tamaño de una angosta plaza de parking), Joe estaba tendido soñando con otros perros, perros enemigos, perros canallas de ojos brillantes como piedras preciosas. Ladraba en sueños. Jeff se dio la vuelta con un suspiro beatífico.

En el dormitorio número uno (del tamaño de una cancha de squash de techo bajo, y en el que había una distancia considerable entre las cosas, entre la puerta y la cama, entre la cama y el armario ropero, entre el armario ropero y el espejo de cuerpo entero basculante), Lionel yacía soñando con la cárcel y con sus cinco hermanos. Todos hacían cola en el economato para comprar chokolatinas Mars.

Y en el dormitorio número dos (del tamaño de una espaciosa cama de cuatro columnas), yacía Des soñando con una escalera de mano que llegaba al cielo.

Se hizo de día. Lionel se fue temprano con Joe y Jeff (negocios). Des siguió soñando.

Llevaba seis o siete meses sintiéndolo: las punzadas y aceleramientos de la inteligencia dentro de su ser. Cilla, la madre de Des, murió cuando él tenía doce años, y durante tres Des vivió como en un trance, como en un sueño de